

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXIV. Donde se cuentan mil Zarandajas tan impertinentes como necessarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

mire por sí, y buelva por su honra, y no dè credito à essas vaciedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas dessa manera, dixo Don Quixote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen impossibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite replica, ni disputa.

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil Zarandajas tan impertinentes como necessarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

DIZE el que traduxo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen del, estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mesmas razones.

No me puedo dar à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasasse puntualmente todo lo que en el antecedente Capitulo queda escrito: La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles, y verisimiles; pero esta, desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables. Pues pensar yo, que Don Quixote mintiesse, siendo el mas verdadero hidalgo, y el



el mas noble Cavallèro de sus tiempos, no es possible; que no dixèra el una mentira, si le assaetèaran. Por otra parte confidèro, que el la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pùdo fabricàr en tan breve espacio tan gran màquina de disparàtes; y si esta aventura parece apòcrifa, yo no tengo la culpa; y assi fin afirmàr la por falsa, ò verdadèra, la escrivo. Tu, letor, pues eres prudente, juzga lo que te parecière; que yo no devo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muèrte dizen, que se retratò della, y dixo, que el la avia inventàdo por parecèrle, que convenia, y quadràva bien con las aventuras que avia leydo en sus historias; y luego profigue dizièndo.

ESPANTÒSE el primo assi del atrevimiènto de Sancho Pança, como de la pacièncià de su amo; y juzgò, que del contènto que tenia de avèr visto à su Señora Dulcinèa del Tobòso, (aunque encantàda,) le nacià aquella condicion blanda, que entonces mostràva; porque si assi no fuèra, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian molèrle à palos; porque realmènte le pareciò que avia andado atrevillo con su Señor, à quièn le dixo: Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada que con vuestra mercèd hè hecho, porque en ella he granjeàdo quatro cosas. La primera, avèr conocido à vuestra mercèd, que lo tengo à gran felicidad. La segunda, avèr sabido lo que se encièrra en esta cuèva de Montefinos, con las mutaciones de guadiana, y de las lagunas de Ruydèra, que me serviràn para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La Tercera, entender la antiguidàd de los naypes,
que

que por lo menos yà se usàvan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vueſſa mercèd dize, que dixo Durandarte, quàndo al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con el Montefinos, despertò diziendo: Paciencia, y barajar. Y esta razon, y modo de hablàr no la pùdo aprendèr encantado, fino quando no lo estàva en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno: Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que vòy componiendo, que es suplemèto de Virgilio Polidoro en la invencion de las antiguedades; y creò que en el fuyo no se acordò de ponèr la de los naypes, como la pondrè yo aora, que serà de mucha importancia, y mas alegàndo Autor tan grave, y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta es, avèr sabido con certidumbre el nacimiento del rio guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vueſſa mercèd tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, yà que Dios le haga mercèd de que se le dè licencia para imprimir effos sus libros (que lo dudo,) à quièn piensa dirigirlos? Señores, y Grandes ày en España à quièn pueden dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondiò Don Quixote, y no porque no lo merezcan, fino que no quieren admitirlos por no obligarse à la satisfacion, que parece se deve al trabajo, y cortesia de sus Autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demàs con tantas ventajas, que si me atreviere à dezirlas, quiçà despertara la envidia en mas de quatro generosos pechos: Pero quèdese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vàmòs à buscar adonde recogèrnos esta noche. No lexos de

de aquí, respondió el primo, está una hermita, donde haze su habitacion un hermitaño, que dicen ha sido Soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la hermita tiene una pequeña casa, que el ha labrado à su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. Tiene por ventura gallinas el tal hermitaño? preguntò Sancho. Pocos hermitaños están sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que aora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de Palma, y comian rayzes de la tierra; y no se entienda, que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aquestos; sino que quiero dezir, que al rigor, y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, alomènos yo por buenos los juzgo; y quando todo corra turbio, menos mal haze el hypocrita que se finge bueno, que el publico pecador.

ESTÁNDO en esto vieron, que hacia donde ellos estaban, venia un hombre à pie, caminando apriesa, y dando varazos à un macho, que venia cargado de lanças, y de alabardas, quando llegó à ellos, los saludò, y pasó de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre detènse; que parece que vays con mas diligencia, de la que esse macho ha menester. No me puedo detènèr, Señor, respondió el hombre, porque las armas que veys, que aquí llevo, han de servir mañana; y assi me es forçoso el no detènèrme, y à Dios; pero si quisieredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la hermita pienso alojàr esta noche, y si es que hazèys este mismo camino, allí me halla-

hallarèys, donde os contarè maravillas, y à Dios otra vez ; y de tal manera aguijò el Macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntàrle, que maravillas eran las que pensàva dezìrles? Y como el era algo curiòso, y siempre le fatigàvan desèos de fabèr cosas nuèvas, ordenò, que al momento se partièssen, y fuèssen à pasàr la noche en la venta fin tocàr en la hermita, donde quisièra el primo que se quedàran. Hizose assi, subièron à Cavallo, y figuièron todos tres el derècho camino de la venta, à la qual llegaron un poco antes de anohecèr. El primo dixo à Don Quixote, que llegàssen à la hermita à bebèr un trago ; y apenas oyò esto Sancho Pança, quando encaminò el Ruzio à la hermita, y lo mesmo hizieron Don Quixote, y el primo ; pero la mala fuerte de Sancho parece que ordenò, que el hermitaño no estuvièsse en casa, que assi se lo dixo una fota hermitaño, que en la hermita hallàron. Pidièronle de lo caro : Respondiò, que fu Señor no lo tenìa, pero que si querian agua baràta, que se la darìa de muy buena gana. Si yo la tuvièra de agua, respondiò Sancho, poços ày en el camino donde la huvièra satisfecho. A bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas vezes os tengo de echàr menos !

CON esto dexàron la hermita, y picàron hàzia la venta, y à poco trecho topàron un mancebito, que delante dellos iba caminàndo no con mucha prièssa, y assi le alcançàron. Llevava la espada sobre el ombro, y en ella puesto un bulto, ò emboltorio, al parecèr, de fus vestidos, que al parecèr devian de ser los calçones, ò greguèscos, y herre ruèlo, y alguna camisa, porque traìa puesta una ropilla de



terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera : Las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados à ufo de corte : La edàd llegarìa à diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecèr agil de su persona. Iva cantàdo seguidillas, para entretènèr el trabajo del camino. Quando llegàron à el acabàva de cantàr una, que el primo tomò de memoria, que dizen, que dezìa :

*Ala guerra me lleva mi necessidàd,
Si tuvièra dineros, no fuèra en verdàd.*

El primero que le hablò fuè Don Quixote, dizièndole : Muy à la ligera camina vueffa mercèd Señor galan ; y adonde bueno, sepamos, si es que gusta dezirlo ? A lo que el moço respondiò : El caminàr tan à la ligera lo causa el calor, y la pobreza ; y el adonde voy, es à la guerra. Como la pobreza ? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede fer. Señor, replicò el mancebo, yo llevo en este emboltorio unos greguèscos de terciopelo compañeros desta ropilla ; si los gasto en el camino, no me podrè honràr con ellos en la ciudad, y no tengo con que compràr otros ; y assi por esto, como 'por oreàrme, voy desta manera hasta alcançàr unas compañías de infanteria, que no estàn doze leguas de aquí, donde assentarè mi plaça, y no faltaràn bagages en que caminàr de allí adelànte hasta el embarcadèro, que dizen, ha de fer en Cartagena ; y mas quièro tenèr por amo y por señor al Rey, y servìrle en la guerra, que no à un pelòn en la corte. Y lleva vueffa
mercèd

mercèd alguna ventaja por ventura? preguntò el primo. Si yo huvièra servido à algun grande de España, ô à algun principal personage, respondiò el moço, à buen seguro, que yo la llevàra; que effo tiene el servir à los buenos, que del tinèlo suelen salir à fer Alfèrezes ô Capitanes, ô con algun buèn entretenimiènto, pero yo, desventuràdo, servì siempre à catariberas, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan mifera, y atenuàda, que en pagàr el almidonàr de un cuello, se consume la mitad della; y ferìa tenido à milagro, que un page aventurèro alcançàsse alguna, fiquièra, razonable aventura. Y dìgame por su vida, amigo, preguntò Don Quixote: Es possible, que en los años que sirviò, no ha podido alcançàr alguna librea? Dos me han dado, respondiò el page; pero assi como al que se sale de alguna religion antes de professàr, le quitan el habito, y le buelven sus vestidos; assi me bolvian à mi los mios mis amos, que, acabados los negocios à que venian à la corte, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas, que por solo ostentacion avian dado. Notable espilorcherìa, como dize el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo effo tenga à felice aventura el avèr falido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra cosa en la tierra mas honràda, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y Señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcançan, fino mas riquezas, alomenos mas honra, que por las letras, como yo tengo dicho muchas vezes, que puestto que hân fundado mas mayorazgos las letras que las armas, toda via llevan un no se



que, los de las armas à los de las letras, con un fi sè que de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que aora le quièro dezir, llèvelo en la memoria, que le serà de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los suceßos advèrßos que le podràn venir, que el péor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntàronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano: Qual era la mejor muerte? Y el respondiò, que la impensàda, la de repente, y no prevista; y aunque respondiò como gentil, y ageno del conocimiènto del verdadèro Dios, con todo effo dixo bien, para ahorràrse del sentimiènto humano: que puesto caso que os maten en la primera faccion, y refrièga, ò ya de un tiro de artilleria, ò volàdo de una mina; que importa? todo es morir, y acabòse la obra: Y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huýda: Y tanto alcança de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus capitanes, y à los que mandàrle puèden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le està olèr à pòlvora, que à algalia; y que si la vejez os coge en este honròso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeàdo, ò cojo, alomènos no os podrà cogèr fin honra, y tal, que no os la podrà menoscabàr la pobreza; quanto mas que yà se và dando orden, como se entretèngan, y remèdien los soldados viejos, y estropeàdos; porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hazèr los que ahorran, y dan libertad à sus negros, quando yà son viejos, y no pueden servir, que echàndolos de casa con
titulo

titulo de libres, los hazen esclavos de la hambre, de quièn no piensan ahorràrse fino con la muerte. Y por aora no os quièro dezir mas, fino que subàys à las ancas deste mi Cavallo hasta la venta, y alli cenarèys conmigo, y por la mañana seguirèys el camino, que os le dè Dios tan bueno, como vuestros desècos merècen. El page no aceptò el combite de las ancas, aunque, si, el de cenàr con el en la venta; y à esta fazon, dizen, que dixo Sancho entre si: Vàlate Dios por Señor; y es possible, que hombre, que sabe dezir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí hà dicho, diga que ha visto los disparates impossibles, que cuenta de la cuèva de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegàron à la venta à tiempo que anocheçia, y no sin gusto de Sancho, por ver que fu Señor la juzgò por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al ventero por el hombre de las lanças, y alabardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estava acomodando el macho. Lo mismo hizieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando à Rozinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la Cavalleriza.

C A P I -

